

acababa con ella, se acabaría con dichos males. El tiempo se encargaría de demostrar que no era así. España superaría décadas después sus graves problemas estructurales y la Iglesia seguía allí presente, en consonancia con la honda tradición cristiana, en su concepción católica, que siempre ha caracterizado a nuestro país. Una tradición que se ha mantenido a lo largo del tiempo pero que a veces, como pone de manifiesto este libro, ha tenido un altísimo coste para la Iglesia en España.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

VERDOY, ALFREDO, S.J., *50 años de presencia de la Compañía de Jesús en El Pozo del Tío Raimundo* (Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, Madrid 2005), 104p., ISBN: 84-609-7121-X

Uno de los campos menos conocidos dentro de la Historia de la Iglesia española en el siglo xx es el referido a su acción social y caritativa y, en definitiva, a su acercamiento a los más necesitados. Desde esa perspectiva, el libro que en esta ocasión damos a conocer al lector constituye una interesante contribución sobre la acción de una orden concreta (la jesuítica) en un lugar también concreto (El Pozo del Tío Raimundo, uno de los focos con mayor grado de marginalidad de la ciudad de Madrid). Se trata de una monografía sencilla en su concepción y en su redacción, pensada para el gran público, que permite una lectura amena de un tema que, según se va adentrando uno él, resulta cada vez de mayor interés, en la medida en que enlaza con muchos campos de investigación, como, por ejemplo, el problema del marxismo y su arraigo en la clase trabajadora.

Este libro, que el Profesor Verdoy ha querido dedicar al Padre Martín de Nicolás, después del también jesuita José María de Llanos uno de los hombres más significados en la presencia jesuita en El Pozo, tiene, desde el punto de vista de la investigación, la novedad de aportar documentos pertenecientes al archivo de la *Compañía de Jesús* ubicado en Alcalá de Henares. Estos documentos arrancan de una fecha concreta (el año 1955), y tienen en el Padre Llanos una referencia ineludible e inexcusable. En ese sentido, no se trata del primer libro que acerca al lector la figura de Llanos, pues ya hace unos quince años el historiador de la Iglesia José Luis González-Balado publicó una biografía de Llanos, a la que luego seguiría otra obra sobre este mismo sacerdote. Para Alfredo Verdoy, Llanos fue una persona «polémica, rica y contradictoria. Plena de matices; con muchas subidas y bajadas de humor». Lo cierto es que, como refleja la monografía de este historiador, Llanos podría haberse conformado con la excelente posición de que disfrutaba, ya que había gozado del privilegio de enseñar la asignatura de Religión (en ese momento obligatoria también en el ciclo superior) en la Escuela de Caminos, Canales y Puertos. Es decir, era docente en uno de los centros más elitistas desde el punto de vista intelectual para un país que, devastado por una guerra civil, necesitaba de una urgente reconstrucción tanto material como espiritual.

Al tiempo que impartía estas clases, Llanos se dedicaba a otras tareas, ya que se trataba de un trabajador incansable: ejercicios espirituales, periodismo, divulgación educativa..., todo ello llenaba una vida plena de dedicación a su vocación sacerdotal. El gran problema para Llanos es que, a pesar de que el marco político resultaba fran-

camente propicio para que un sacerdote pudiera hacer una notable carrera eclesial, ese «temperamento explosivo y escasamente diplomático» del que habla Alfredo Verdoy le llevó a tener serios enconzonos con las autoridades del Régimen (principalmente las relacionadas con el sector educativo), lo que el autor ha atestiguado a través de interesantes documentos.

Para ese momento, Llanos tenía decidido que quería marcharse a los suburbios, lo que solicitaría de manera insistente a su Provincial, Padre Manuel Olleros. Tras numerosos intercambios de cartas, Olleros acabaría aceptando la petición de Llanos y en la primavera de 1955 marchaba al Pozo del Tío Raimundo, una zona de Madrid donde había mucho que hacer porque, como refleja el autor, al acabar el año 1956 casi ocho mil personas vivían allí y la mayor parte era recién llegados. Aquella comunidad de vecinos, formada en su inmensa mayoría por inmigrantes que procedían del mundo rural (básicamente de Andalucía), se encontró con todo tipo de necesidad básica sin cubrir: luz, agua, alcantarillado, etc.

Fue así como se inició la constitución de la primera comunidad apostólica en El Pozo, de la que también formarían parte los jesuitas Cano y García-Verde. A ellos se añadirían una multitud de seglares, personas que habían conocido a Llanos en sus etapas anteriores (el caso más claro es de los antiguos alumnos de la Escuela de Caminos) y los nuevos miembros consecuencia del apostolado de los jesuitas allí presentes. Desde el primer momento quedó claro que la dedicación de Llanos a El Pozo iba a ser total, pues sólo iba a la comunidad de la calle Maldonado el viernes por la tarde para volver el sábado tras la comida. Porque para él lo más importante era proseguir con la tarea de lo que él llamaba «desmiserabilización» del Pozo. Y lo cierto es que los progresos existían, a pesar de la escasez de medios y de la lentitud con la que podían llegar a producirse: cinco años después de la llegada de Llanos a El Pozo, en 1960, se inauguraba un complejo social y cultural que años más tarde acogería una parroquia. Importante era, en ese sentido, contar con un equipo cada vez más eficaz, dentro del cual descollaría la figura del Padre Juan Martín de Nicolás.

Para Alfredo Verdoy, el mayor problema que Llanos debía afrontar era, con diferencia, el de la vivienda. No obstante, había otras tres cuestiones que debían ser resueltas a la mayor urgencia posible. Una de ellas era el abastecimiento de agua: tras muchas gestiones, al final lo máximo que pudo lograrse fue un camión cisterna. Parecido sucedía con el abastecimiento de la luz, que primero llegaría a la calle y luego a las casas. Por último, había que acabar con el problema de la vía del tren, que pasaba al lado de El Pozo y que había segado muchas vidas. Con una escalerilla que permitiera salvar dicha vía se solucionaría, al menos en parte, el asunto.

Llanos, con el fuerte carácter que siempre marcó su personalidad, tendría más de un enconzonazo con las autoridades políticas, aunque demostró también habilidad para saber manejar las situaciones y, por ejemplo con ocasión de una visita del Director General de la Vivienda (Luis Valero Bermejo), consiguió casas de mucha mayor calidad, así como acabar con la venta ambulante de agua y la creación de la Cooperativa Eléctrica del Pozo.

Trasladándonos al campo del apostolado, Llanos logró también muchos éxitos. Ayudado por sacerdotes, seminaristas, universitarios y, sobre todo, por religiosas, la administración de sacramentos creció de manera imparable entre una población que tradicionalmente se había sentido alejada de la Iglesia. Incluso, algo impensable en

los tiempos previos a la llegada de Llanos, se celebraron procesiones, romerías, fiestas litúrgicas populares, etc., e, incluso, se llegaron a constituir cofradías. En ese sentido, debemos destacar la labor del autor a la hora de presentarnos junto al texto interesantes ilustraciones que permiten evocar con mayor realismo lo que en El Pozo se vivió durante aquellos años.

Quizá precisamente por la manera peculiar en que El Pozo había sido concebido por Llanos, fue por lo que, mientras la Iglesia vivía momentos de crisis desatados por el Concilio Vaticano II y su «aggiornamento» (puesta al día) de la institución, la comunidad dirigida por el Padre Llanos vivía lo que Alfredo Verdoy ha llamado «esplendor» (los años 1960-1967, en esencia). Es precisamente en estos años cuando, al tiempo que se crea la Residencia de Santa María del Pozo, se erige la parroquia de San Raimundo de Peñafort del Pozo, cuyo primer titular sería una persona recomendada por el propio Llanos, el Padre Jaime García Escudero. Todo este proceso sería culminado con la existencia de una capilla donde, entre otras cosas, Llanos dedicaría horas y horas al sacramento de la confesión.

Pero, como decimos, el desarrollo de El Pozo seguía imparable y otra de las grandes aportaciones sería la constitución, a comienzos de los sesenta, de las Escuelas Profesionales Primero de Mayo, institución que sería regida por un ideario descrito por el autor con todo detalle. En relación con éstas se encontrarían el Común de Trabajadores, donde los sacerdotes compartían mesa con los miembros del «común» y buscaban soluciones para los que menos medios tenían.

La comunidad jesuítica de El Pozo también vivió sus momentos de tensión y de crisis, particularmente con el envío de una nueva generación de jesuitas que algunos en El Pozo temían por estar marcada por otro sesgo ideológico. Y esos temores pronto se vieron confirmados. A lo largo de la década de los setenta, se produjo tal grado de *polítización* del Común de Trabajadores, como consecuencia de la acción de algunos de los nuevos jesuitas, que llevó al propio Llanos a reconocer que ardía «todo a gran temperatura».

Los años de la Transición a la democracia, con el país sumido en un proceso de cambio político al que nada ayudaban la crisis tanto económica como social, tuvieron su reflejo en El Pozo. Además de los múltiples problemas que tenían los habitantes, la propia comunidad jesuita fue reduciéndose en número y, cree el autor, probablemente también en actividades. Sin embargo, Verdoy considera que fue precisamente durante estos años cuando pudieron llevarse a cabo los ideales fundaciones de Llanos, que no eran otros que estar entre los pobres y los desheredados, así como ser testimonio amoroso de la presencia de Dios entre ellos.

Fue así como se inició la última etapa de la presencia jesuítica en El Pozo: en concreto, en el año 1995, con la llegada de dos estudiantes jesuitas de Teología (Higinio Pi y Javier Ruiz-Séiquer). A partir de entonces, y hasta el momento actual, la comunidad de jesuitas se ha caracterizado por su carácter mixto, en el sentido de estar allí presentes tanto jesuitas en formación como jesuitas ya ordenados. A pesar de que ya en 1992 había fallecido el «alma mater» (Padre Llanos) de la comunidad ignaciana de El Pozo, lo cierto es que la visita en 1999 del Preósito General de la Compañía de Jesús, Padre Kolvenbach, no ha hecho sino reafirmar el acierto y la importancia de una misión evangelizadora que cuenta ya con más de medio siglo de vida.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.